

Sobre la inevitabilidad de la guerra¹

Jonathan Haas, Arqueólogo
Field Museum of Natural History
Chicago, Estados Unidos

RESUMEN

Este artículo propone una interesante lectura de la guerra a través del registro arqueológico donde se revela que ésta no es un estado permanente entre las sociedades humanas, por lo tanto subyace el interés por replantear la idea que la guerra es connatural al ser humano. En efecto, el autor se soporta en el registro arqueológico de la región Anasazi, al suroccidente de los Estados Unidos, y en datos arqueológicos del Este de Norteamérica para demostrar cómo las sociedades que poblaron estas latitudes experimentaron importantes períodos de paz. En última instancia, el artículo revela la importancia de la arqueología para superar la percepción de que la guerra es el medio más recurrente de interacción entre las sociedades humanas.

PALABRAS CLAVES: Arqueología de la Guerra, Región Anasazi, Prehistoria, Norteamérica.

ABSTRACT

This article proposes an interesting reading on war through archeological data, where it is shown that it isn't a permanent state between human societies, therefore it is necessary to restate the idea that war is connatural to human beings. In effect the author bases his study on archeological data of the Anasazi area in the southwestern part of the United States and the eastern part of North America, to demonstrate how the societies that settled in these latitudes went through time periods of peace. In this last instance, the article reveals the importance of archeology to overcome the perception that war is the most recurrent manner of interaction between human societies.

KEYWORDS: Archeology of war, Anasazi region, Prehistory, North America.

Desde la perspectiva actual pareciera que la guerra es una parte inevitable de la existencia humana. La guerra y la violencia étnica nos rodean en cada momento. Hoy vemos sus caras trágicas en Rusia, Sri Lanka, Sierra Leona, aquí en América del Sur y aún

saliendo desde nuestro pasado cercano y distante. En la mente del público en general existe la creencia fuertemente enraizada de que el conflicto mortal organizado es, de alguna manera, inherente a la especie humana. Esta conclusión aparentemente ineludible

¹ Este texto corresponde a la ponencia del mismo nombre que el Dr. Haas pronunció en el marco del IX Congreso de Antropología en Colombia realizado en la ciudad de Popayán,

organizado por la Universidad del Cauca durante los días 19-21 de julio de 2000. Se publica con la autorización del autor.

puede basarse casi en cualquier lectura del registro histórico, en el cual encontramos un flujo continuo de guerra y violencia entre naciones, estados, grupos étnicos y religiones. De hecho, buena parte de la historia humana se escribe usando marcadores como guerras, batallas, guerreros heroicos y tratados de paz que delinear las grandes eras de una cultura particular o área mundial. Aún en sociedades simples no Occidentales basadas en la comunidad los antropólogos han encontrado que la guerra es relativamente ubicua en el registro etnográfico contemporáneo.

Con la historia y la etnografía señalando hacia la aparente inevitabilidad de la guerra es relativamente fácil asumir que las causas de la guerra son inherentes o naturales a la humanidad. La evidencia en este sentido, sin embargo, es un poco más ambigua. Ha sido argumentado, por ejemplo, que existen bases biológicas para la agresión entre los seres humanos, particularmente entre los hombres. Aunque los argumentos de esta clase son intrigantes y, quizás, intuitivamente fuertes, se quedan cortos en los datos sustantivos que se necesitan para confirmarlos empíricamente. Nadie ha descubierto todavía un gen o un complejo de genes de la guerra ni nadie ha sido capaz de mostrar que alguna mezcla de hormonas conducen inexorablemente, al combate y la violencia organizada. Sin embargo, donde los modelos biológicos pueden ser útiles en el estudio de la guerra es en el entendimiento de las posibles relaciones entre la participación de los hombres en el combate y su *fitness* reproductivo.

Otro argumento, desarrollado inductivamente y también basado en buena medida en la intuición, sostiene que los pueblos que son cultural o étnicamente diferentes sienten un miedo y un disgusto fundamental entre ellos. Es interesante comparar los conflictos actuales de los Balcanes con muchos de los conflictos en Latinoamérica. En Europa Oriental los reportes de los medios usualmente sostienen que la violencia étnica y el odio existieron antes de la ruptura del Estado Yugoslavo, pero que fueron suprimidos por el puño de hierro del comunismo; una vez liberada de este, la violencia inherente floreció en la guerra étnica. Cuando los medios buscan las causas del conflicto este se

muestra como una lucha de poderes entre grupos étnicos que siempre se han odiado. El por qué se odian se atribuye a razones históricas (por ejemplo, los viejos conflictos entre albanos y serbios) o a las fronteras hereditarias de desconfianza y conflicto entre grupos étnicamente diferentes. El razonamiento es que sus religiones, valores y culturas son tan diferentes que no pueden vivir juntos en paz. La diversidad étnica en este y muchos otros casos en el mundo se mira como una explicación razonable por sí misma para explicar las relaciones hostiles y los combates entre grupos de individuos. En contraste, en Latinoamérica la mayoría de los conflictos no se localizan tan firmemente en un contexto étnico; estos se miran como basados más en la economía y en las distinciones de clase que en las diferencias étnicas (aunque el asunto de la diversidad y el conflicto étnico no está totalmente ausente en Latinoamérica). Sin embargo, allí donde la guerra se basa en la etnicidad o la economía, de cualquier manera existe la idea de que la guerra es, de alguna manera, inevitable.

El problema con hacer inferencias sobre la inevitabilidad de la guerra en la existencia humana basadas en registros históricos e, incluso, etnográficos es que todos esos registros son muy tardíos en la secuencia de la ocupación humana del planeta. Además provienen de una época cuando todas las sociedades humanas estaban dominadas por la presencia de grandes estados íntimamente involucrados en sistemas regionales o globales de competición económica. Incluso las sociedades de banda más simples de Sudáfrica o de la selva amazónica han sido significativamente impactadas por la dominancia agresiva del colonialismo Occidental desde, por lo menos, trescientos o cuatrocientos años (FERGUSON y WHITEHEAD 1994). La guerra generalizada que vemos hoy alrededor del mundo, en sociedades simples o complejas, tiene lugar en el contexto de relaciones políticas, económicas, medio-ambientales y demográficas características del sistema mundial moderno. Cualquier inferencia que hagamos del registro histórico y etnográfico sobre la inevitabilidad de la guerra es sólo relevante para las circunstancias relativamente recientes producidas por la evolución y difusión global

de los estados nacionales. La guerra bien puede ser ubicada en el mundo moderno e histórico, pero la humanidad ha estado presente por mucho más tiempo que los estados nacionales. Si queremos preguntarnos si la guerra y el odio por los enemigos son características inherentes a la especie humana debemos mirar antes del surgimiento de los estados nacionales.

El registro histórico mundial tiene sólo unos pocos miles de años. Tenemos registros escritos en Mesopotamia miles de años antes de Cristo; unos pocos cientos de años después estos fueron seguidos por sistemas de escritura en las civilizaciones clásicas del Viejo Mundo: Egipto, India y China. En el Nuevo Mundo el primer sistema de escritura, el de los maya, no se desarrolló hasta el primero milenio de nuestra era. En todos estos casos el desarrollo de la escritura fue paralelo a la evolución de sociedades muy complejas de nivel estatal, con gobiernos centralizados, religión organizada y, significativamente, un ejército regular. En muchos casos la escritura se desarrolló, primariamente, como un medio para llevar los registros del gobierno y la burocracia. Pero todos los sistemas tempranos de escrituras se expandieron rápidamente para contar eventos históricos, glorificar a los líderes y pronunciar los resultados de la guerra. Así, incluso desde el mismo comienzo del período histórico la guerra es una parte integral de las relaciones políticas entre las sociedades de nivel estatal más tempranas (HAAS 1982). Sin embargo, ¿qué sucede si retrocedemos antes del registro escrito, hacia el pasado prehistórico?

Después de todo, cinco o seis mil años puede parecer un tiempo muy largo para aquellos de nosotros que viven sus vidas en el presente, pero para un arqueólogo cinco o seis mil años son un pequeño fragmento en la larga secuencia de ocupaciones humanas en el planeta. Las primeras creaturas parecidas a los humanos divergieron de sus parientes primates en África hace varios millones de años. El primer *Homo sapiens* moderno emergió también en África hace varios cientos de miles de años y pronto migró hacia el resto de África, Europa y Asia. Vistos desde la perspectiva de varios cientos de miles de años de vagabundear humano por el planeta, los últimos cinco mil años de complejas naciones estado comienzan a perder su

estatura como marcador de lo que es natural o inherente en la especie humana. Lo que ha pasado en los últimos cinco mil años demuestra la capacidad de los humanos para cierta clase de comportamiento, no la predisposición de los humanos hacia ciertas clases de comportamiento.

La secuencia de la prehistoria humana anterior al desarrollo de la escritura asume, entonces, una enorme importancia en cualquier esfuerzo por entender las causas fundamentales de la guerra en la especie humana. Más aún, la arqueología es el único medio científico que tenemos para mirar hacia atrás, hacia el origen y evolución de los patrones de la guerra. En este contexto la investigación arqueológica viene a asumir un papel crítico para ayudar a entender las causas de la guerra y el conflicto étnico a través de las culturas y el tiempo. La arqueología y el registro arqueológico tienen los recursos intelectuales más apropiados para responder preguntas amplias y prioritarias sobre la inevitabilidad o sobre el carácter intrínseco de la guerra humana.

Cuando miramos el registro arqueológico anterior a los comienzos de la escritura es interesante notar que la guerra no es nunca tan ubicua como es hoy. Con algunas excepciones parece que la guerra tiende a ir mano con mano con la complejidad política creciente y con niveles crecientes de densidad de población. También existe evidencia de que en virtualmente todas las partes del mundo donde se ha investigado el asunto podemos determinar cuándo y por qué la guerra comienza en una secuencia prehistórica específica. Más aún, los arqueólogos han encontrado que en tanto persistan las circunstancias que conducen a la guerra, esta persistirá. Al mismo tiempo, hay evidencia arqueológica que muestran que cuando las circunstancias cambian en un largo período de tiempo, la guerra se puede disipar y eventualmente desaparecer. Debo anotar aquí que mi colega Larry Keeley en su reciente libro «Guerra antes de la Civilización», señala que la guerra es mucho más pervasiva en el registro arqueológico que lo que antes se creía. Sin embargo, el análisis de Keeley, en vez de conducir a la conclusión de que la guerra fue universal en el pasado nos fuerza a examinar la pregunta crítica de por qué la guerra aparece y desaparece en diferentes lugares y tiempos.

Aunque me encuentro entre un grupo de intelectuales intensamente interesado en los patrones de la guerra en Suramérica voy, sin embargo, a llevarlos a Norteamérica para ilustrar algunos de los hallazgos que se pueden obtener al mirar el registro arqueológico de la guerra. Los ejemplos que usaré se relacionan tanto con el surgimiento como con el colapso de la guerra y dan cierta perspectiva sobre la relación entre la guerra y la existencia de grupos étnicamente diferentes que pueden ser catalogados y atacados como «enemigos».

Por varias razones Norteamérica provee un laboratorio ideal para examinar los patrones de la guerra prehistórica y la relación entre la guerra y la etnicidad. En primer lugar, Norteamérica no fue significativamente impactada por el avance de las naciones estado de Latinoamérica o del Viejo Mundo hasta la llegada de los europeos en los siglos XV y XVI. Su secuencia evolutiva es, por lo tanto, indígena y relativamente «prístina» (FRIED 1967), en el sentido de que no fue influida por sociedades externas más complejas. Segundo, la secuencia es bastante corta, dado que los seres humanos no penetraron en el subcontinente mucho antes de hace unos 15.000 años (sólo los arqueólogos pensarían que 15.000 años son un tiempo corto). Así, tenemos un «experimento» razonablemente bien definido en el que podemos examinar los orígenes de la guerra. Finalmente, ha habido más de un siglo de investigación llevado a cabo por, literalmente, miles de arqueólogos que trabajan en culturas antiguas muy diversas y en medioambientes distintos. El resultado de estas investigaciones es que para muchas grandes áreas de la Norteamérica prehistórica hay maravillosos y ricos registros de excavación y de reconocimiento, junto con detalladas cartas cronológicas y reconstrucciones paleoclimáticas. Mi argumento aquí - espero - no es una bravata Yankee sobre el gran registro arqueológico de Norteamérica sino enfatizar que unos datos prehistóricos comprensivos proveen una base sólida para entender la complejidad y el detalle de los patrones de la guerra en evolución.

Mirando a Norteamérica como un laboratorio para estudiar el origen y la evolución de la guerra en un contexto prehistórico hay varios hallazgos que podemos obtener si vemos diferentes tiempos y lugares. Si

empezamos justo con el comienzo de la ocupación humana del continente encontramos que la guerra no parece ser parte de la escena cultural. Aunque la fecha exacta de los primeros humanos en el Nuevo Mundo es muy debatida, los primeros conjuntos culturales abundantes e identificables pertenecen a los cazadores Paleoindios de hace unos 13.000 a 7.000 años (milenario más, milenario menos). Estos primeros nómadas debieron cruzar el estrecho de Bering desde Siberia, entrando en un paraíso para los cazadores. Norteamérica era una tierra de abundante caza, incluyendo mamut, mastodonte, caballos, bison gigante y otros animales pleistocénicos que nunca habían visto humanos antes ni nunca habían estado expuestos a la predación humana.

Ahora, desde una perspectiva contemporánea este puede parecer, además, un paraíso para los empresarios. Qué gran oportunidad para ir y reclamar los mejores lotes de terreno para ser explotados y defendidos contra todos los que llegaban. Podemos esperar ver la rápida emergencia de unidades sociales basadas en una discreta territorialidad y centradas en óptimas zonas de recursos. Esto no fue, sin embargo, lo que sucedió. Estos primeros pioneros nómadas, encontrando una tierra generosa con amplios recursos para todos no hicieron reclamos territoriales sino que se expandieron en todas direcciones en muy pequeñas 'bandas nómadas móviles. El registro arqueológico no muestra comportamiento territorial por parte de ninguno de estos primeros cazadores-recolectores. Más bien, parecen haber desarrollado una red de comunicación e interacción muy abierta que se expandió por todo el continente.

Empezando con el primer conjunto arqueológico Paleoindio reconocido, Clovis, encontramos un patrón realmente sorprendente: artefactos virtualmente idénticos, especialmente un tipo de punta de proyectil acanalada muy distintivo, se encuentran distribuidos a través de Norte América, de Maine a México y de la costa Este a la costa Oeste, un área total de cerca de 15'000.000 de kilómetros cuadrados. Otros tipos de artefactos Clovis, aunque hechos con rocas localmente disponibles, también son muy similares a través de todo el sub-continente. La amplia distribución de los

artefactos Clovis en Norteamérica es indicativa de que hubo una interacción libre y abierta entre las pequeñas bandas nómadas de cazadores-recolectores distribuidos por toda Norteamérica. No había fronteras culturales separando una banda o un grupo de bandas de otras y no hay evidencia de competición o de diferencias étnicas de ninguna clase separando un grupo de los demás.

En las etapas más tempranas de la ocupación humana de Norteamérica, entonces, con bajas densidades de población y abundancia de recursos para todos, todos lucían básicamente iguales. Más importante para el tema de esta discusión, no encontramos signos de conflicto o guerra en el registro arqueológico. No hay esqueletos con marcas de violencia como fracturas, cabezas rotas o puntas de proyectil incrustadas en el cuerpo. Tampoco hay ninguna indicación de que la gente Clovis seleccionara campamentos que estuvieran en una posición estratégica o defensiva. Esta evidencia negativa no es, por sí sola, prueba convincente de la ausencia de guerra, puesto que relativamente pocos sitios y aún menos restos humanos han sido excavados. Sin embargo, los datos Clovis proveen un caso empírico que no sostiene el argumento de que la guerra es un componente ubicuo y «natural» de los asuntos humanos. De hecho, es difícil ver cómo o por qué la gente Clovis pudo haber estado en conflicto dada la abundancia de recursos y las marcadas similitudes de sus conjuntos culturales.

A medida que avanzamos en el tiempo en Norteamérica las circunstancias medioambientales y demográficas cambian, y también los hacen los patrones de interacción entre la gente. En todo el sub-continente la época situada entre hace unos 11.000 años y el inicio del primer milenio de nuestra era está marcada por un crecimiento gradual del tamaño y la densidad de la población y por cambios medioambientales que empiezan a afectar las cualidades abundantes del paraíso del Nuevo Mundo. La mayoría de los grandes animales del pleistoceno tardío se extinguieron y medioambientalmente el continente empezó a parecerse a como luce hoy en día. Arqueológicamente vemos que después del período Paleoindio la abierta red continental de comunicación e interacción comienza

a romperse en pequeñas culturas regionales. Estas culturas, todavía caracterizadas por una forma de subsistencia de caza-recolección nómada, están mal definidas sobre la base de tipos de puntas de proyectil y otros artefactos. Aún así, la semejanza general de tipos de artefactos entre estas culturas regionales es indicativa de una cercana interacción y comunicación y no hay líneas claras de demarcación que separen una región de otra. Más bien tiende a haber una mezcla de tipos de artefactos en las difusas fronteras de las regiones. Dentro de estas amplias culturas regionales encontramos distintas diferencias en la emergencia y evolución de la guerra. En vez de tratar de relatar todo el rango de complejidad en el sub-continente me concentraré en el suroccidente de Estados Unidos y lo compararé con un patrón muy distinto encontrado en el Este del país.

El suroccidente, un área de cerca de 700.000 kilómetros cuadrados que ocupa los actuales estados de Arizona, Nuevo Mexico, Utah y Colorado ha sido el campo de entrenamiento y de prueba de la arqueología norteamericana por más de un siglo. Como resultado, el registro arqueológico del suroccidente está lleno de detalles en cronología, asentamientos, economía y organización social. Una combinación de variables hacen de esta una área óptima para estudiar la guerra prehistórica. En primer lugar, la resolución temporal para el área no tiene paralelo en ningún contexto prehistórico. Existe un muy refinado registro dendrocronológico para el área que se extiende miles de años atrás y que nos permite datar la construcción y abandono de sitios con considerable certeza. Es a veces posible determinar con errores de una década, cuando no de un sólo año, cuándo se fundó o abandonó un sitio.

Los investigadores también han sido capaces de correlacionar el registro dendrocronológico con datos medioambientales para desarrollar reconstrucciones detalladas de patrones de precipitación anual, erosión, fluctuación del nivel freático y cambios en las comunidades botánicas. Así, no es sólo posible determinar cuándo fue ocupado un sitio si no también medir los patrones climáticos prevalecientes, la disponibilidad de leña y la productividad potencial de los suelos y de las zonas biológicas cercanos.

Complementando los registros cronométricos y medioambientales hay un rico cuerpo de excavación y reconocimiento de más de un siglo de investigación arqueológica concertada. El medioambiente del suroccidente es seco y caliente y, como resultado, la preservación de la arquitectura y de la cultura material es muy buena. Los sitios arqueológicos, desde dispersiones líticas hasta grandes aldeas son visibles en la superficie y se pueden registrar muchos detalles, incluso sin excavación. Más aún, debido a una población contemporánea escasa y a una agricultura limitada, la destrucción de los sitios ha sido menor que en muchas otras áreas.

Tomados de manera conjunta los registros cronológico, medioambiental y arqueológico del suroccidente proveen un nivel de detalle que nos permite ver tanto la presencia como la ausencia de la guerra en épocas prehistóricas y examinar de cerca la causas, la naturaleza y la evolución de la guerra en los niveles local y regional.

Mirando a través del suroccidente después del tiempo Clovis y de los cazadores de grandes mamíferos la región fue ocupada por cazadores-recolectores generalizados que siguieron un ciclo anual relativamente estable. Las densidades de población eran relativamente bajas y no hubo concentraciones significativas de gente en sitios específicos. En la región hay pocas manifestaciones materiales de diferencias culturales en la población residente. Los conjuntos de artefactos y los estilos de puntas de proyectil son similares, tanto como los asentamientos y las estrategias de subsistencia. Si buscamos signos de conflicto, violencia o guerra en esta población nómada encontramos que hay un período de más de 5.000 años en el que continúa sin haber una sola manifestación en el registro arqueológico. Aquí la evidencia negativa empieza a tener más peso, puesto que el registro para este largo período es mucho más rico que para el período Paleoindio. De nuevo, no hay signos de violencia en los esqueletos como cabezas quebradas, marcas en el cráneo, fracturas o puntas de proyectil embebidas en los cuerpos, ni encontramos aldeas o campamentos localizados defensivamente o cuidando un territorio.

Comenzando en el primer milenio a.c. este largo período tranquilo de caza y recolección empezó a cambiar y la tasa de cambio se aceleró en los siguientes dos mil años. Una población gradualmente creciente llenó la mayoría de los nichos medioambientales y empezamos a ver los primeros experimentos con el sedentarismo y la intensificación de la producción, ya sea a través de la colecta especializada o la horticultura simple. Las bandas nómadas empezaron a estar en un área de manera más consistente en tanto explotaron recursos más especializados o atendieron cultivos ocasionales. Con la población creciente las bandas nómadas también encontraron más y más vecinos buscando los mismos recursos.

Así, mirando en la región en el primer milenio a.c. empezamos a ver el final del patrón de cazadores-recolectores indiferenciados. A todo lo ancho de la región la gente empezó a adoptar la agricultura basada en el maíz y a asentarse en comunidades permanentes o semi-permanentes. Aunque los patrones básicos de arquitectura y cultura material son similares en toda la región, las diferentes partes del suroccidente rápidamente se volvieron distintas unas de otras en términos de detalles de cultura material, estrategias de subsistencia y asentamientos. Específicamente, los arqueólogos pueden distinguir el área cultural Hohokam en el desierto del sur, el área cultural Mogollon en la región montañosa y el área cultural Anasazi en el altiplano y la región de los cañones en el norte. Cada uno de estos grupos tenía distintivos diseños cerámicos, artefactos líticos, estilos de casas, estrategias de subsistencia, prácticas religiosas, etc. Estos grupos eran claramente diferentes unos de otros, cultural y étnicamente. En esta charla me concentraré en los Anasazi, los ancestros de los Pueblo modernos ampliamente conocidos en el suroccidente hoy en día, para examinar los orígenes de la guerra y de los enemigos.

Entre los Anasazi la transición de un estilo de vida de caza-recolección nómada a uno de agricultura aldeana sedentaria fue gradual, extendiéndose a lo largo de más de mil años. Como en otras partes del mundo, el desarrollo de la agricultura en el suroccidente fue el resultado de una combinación de población creciente

y cambios climáticos que afectaron la disponibilidad de los recursos que podían ser obtenidos a través de la caza y la recolección. Sin suficiente comida silvestre para alimentar la población creciente los Anasazi comenzaron a dedicar una creciente cantidad de tiempo para cultivar sus propios alimentos. El tiempo de más invertido en el cultivo de cultígenos como maíz, frijol y calabaza condujo a un mayor sedentarismo y a los correspondientes cambios en cultura material. Construyeron casas permanentes, adoptaron la cerámica y abandonaron las lanzas en favor del arco y la flecha. El sedentarismo también trajo consigo profundos cambios en la naturaleza de las relaciones sociales al interior del área cultural Anasazi. En vez de una red relativamente abierta de bandas nómadas interactuando entre ellas esporádicamente en el año las bandas se asentaron en comunidades, y las comunidades se vieron enfrentadas unas a otras como vecinos permanentes.

La presencia de vecinos, aún de vecinos semi-permanentes, requiere forjar nuevas clases de lazos sociales y políticos. Aunque no sea por otra razón, las comunidades vecinas deben tener ciertos medios políticos para resolver disputas intergrupales sobre la tierra, el agua y cosas por el estilo, puesto que ya no pueden simplemente trasladarse a nuevos campamentos. Además de encontrar medios para resolver las disputas debe esperarse que la mayoría de las comunidades vecinas estarán ligadas por un lenguaje común, lazos de parentesco, intercambio, actividades religiosas y formas generales de socialización. Arqueológicamente empezamos a ver patrones crecientes de interacción entre los Anasazi hacia el año 500 de nuestra era en cosas como lugares religiosos comunales y variaciones sub-regionales localizadas de estilos de diseños cerámicos, tipos de puntas de flecha y algunos rasgos arquitectónicos.

En el curso de los siguientes 500 años vemos que la población Anasazi creció significativamente y que la gente dependió cada vez más de plantas domesticadas, especialmente maíz. Durante este mismo período también vemos un proceso de diferenciación regional creciente. A medida que las personas se volvieron permanentemente sedentarias en aldeas todo el año, interactuaron más frecuentemente con sus

vecinos y menos con la gente situada más allá de su área inmediata. Entonces se empezaron a parecer a sus vecinos inmediatos y menos a la gente situada por fuera de su esfera de interacción con los vecinos. Hacia el año 700 de nuestra era éste patrón ya estaba bien desarrollado y es evidente en la aparición de subgrupos o «ramas» distintivas dentro del área Anasazi. En el registro arqueológico este patrón se manifiesta en cerca de seis diferentes ramas Anasazi como Mesa Verde, Kayenta y Cibola, cada una de las cuales tenía su distintivo conjunto cultural de artefactos, estilos de diseños, arquitectura, religión, prácticas de enterramiento y patrones de interacción comunitaria (HAAS 1989).

Estas ramas diferentes de los Anasazi vivieron lado a lado en la parte norte del suroccidente durante los siguientes 600 años. Toda la evidencia que tenemos indica que está fue una coexistencia pacífica durante los primeros 500 años. Hubo un intercambio activo de recursos y de bienes exóticos a través de la fronteras tribales y continuaron sin existir señales de guerra intratribal o intertribal. Debe ser notado que hay señas aisladas de violencia en la cultura Anasazi durante este tiempo. El antropólogo físico Christy Turner, por ejemplo, ha documentado un número de casos de canibalismo agresivo en los que las personas no sólo fueron comidas si no que sus huesos faciales fueron deliberadamente rotos en pequeños fragmentos. Estas manifestaciones ocasionales de violencia, sin embargo, parecen ser resultado de conflictos internos dentro de las comunidades y aparentemente sirvieron propósitos de control social. En el registro etnográfico de los indígenas Pueblo están expresados tipos similares de homicidio interno como en la ejecución de personas acusadas de brujería. Sin embargo, los patrones de conflicto intergrupales que puedan ser interpretados como guerra siguen ausentes en la región Anasazi desde el siglo VIII hasta el siglo XII. De hecho, si miramos rápidamente los 10.000 años de prehistoria humana en el área Anasazi a través de períodos de gran cambio en el desarrollo de agricultura, sedentarismo, crecimiento poblacional y fluctuaciones medioambientales, no hay

indicaciones de conflicto intergrupalo desarrollado hasta el siglo XIII. La paz del suroccidente sólo se rompe cuando complejas variables medioambientales y demográficas finalmente conducen a la aparición violenta de la guerra.

Comenzando hacia el año 1.150 de nuestra era el medioambiente del suroccidente empezó a cambiar. Este cambio no fue particularmente inusual, puesto que el suroccidente experimenta ciclos medioambientales más o menos cada 300 años. En el siglo anterior al año 1.150 el medioambiente se caracterizó por precipitaciones invernales, formación de suelos y niveles freáticos relativamente altos. Entonces, hacia la mitad del siglo XII hubo un cambio hacia precipitaciones veraniegas, erosión de los suelos y baja de los niveles freáticos. La región experimentó sequías cíclicas, disminución de la tabla de agua y la pérdida progresiva de la tierra cultivable. Las áreas que eran marginales para la agricultura a comienzos del siglo eran inhabitables hacia su final. Mientras tanto, el brusco aumento de la población que empezó con el desarrollo de la agricultura alcanzó su máximo. El resultado de una población alta junto con el deterioro del medioambiente condujo a un severo estrés económico entre los Anasazi que se manifestó más claramente en los esqueletos. Los restos humanos de los siglos XII y XIII muestran signos evidentes de malnutrición entre los adultos, como hipoplasia y líneas de Harris, y un aumento de la mortalidad infantil.

Hacia la mitad del siglo XIII las condiciones fueron suficientes para el primer estallido de guerra en la región Anasazi. Las señas iniciales de conflicto aparecen en la década de 1.240, cuando unas pequeñas aldeas aisladas fueron construidas en lugares defensivos estratégicos. En el curso de los diez o quince años siguientes los marcadores materiales de la guerra se multiplican dramáticamente. Hacia 1260 las señas claras e inequívocas de la guerra son amplias y endémicas a lo largo de toda la región. Encontramos casas quemadas, aldeas destrozadas, cuerpos perforados por flechas, esqueletos sin cabeza y cabezas sin esqueleto. Las personas que vivían a campo abierto empezaron a construir empalizadas alrededor de sus aldeas, mientras otras tomaron medidas extraordinarias para mover sus

casas a lugares protegidos y defensivos. Las conocidas habitaciones de los cañones (cliff dwellings) del suroccidente, aunque románticas y misteriosas hoy en día, fueron el recurso defensivo de pueblos en guerra hace unos 700 años. Además de moverse en la mitad del siglo XIII a lugares defendibles la gente también se estaba concentrando en pueblos y aldeas más seguros. En la primera mitad del siglo XIII había pocas aldeas de más de 2-25 cuartos, mientras en la segunda mitad de ese siglo toda la población estaba viviendo en comunidades de 75-400. Claramente, los Anasazi encontraron «seguridad en los números».

Tomados de manera conjunta, los datos arqueológicos proveen un registro de guerra endémica severa en todo el suroccidente, con una duración de cerca de 50 años. Entonces, hacia el año 1.300, toda la región fue completamente abandonada. La guerra no parece haber sido la causa de este abandono regional, puesto que hay poca evidencia de masacres o destrucción masiva de aldeas. Más bien, la guerra jugó un papel indirecto en el rompimiento del equilibrio en un ecosistema frágil. En tiempos pacíficos más tempranos la movilidad local fue una estrategia preferida para responder a los problemas medioambientales como la erosión o la disminución de la tabla de agua. Con el advenimiento de la guerra y la existencia de aldeas mucho más grandes las opciones se redujeron grandemente. Hacia 1.300 la combinación de estrés medioambiental y de conflicto social expulsó totalmente a los habitantes de la región.

Si observamos el suroccidente después del año 1.300 encontramos que las condiciones medioambientales mejoraron significativamente con el aumento de la precipitación anual, la erosión del suelo se reversó y subió la tabla de agua. También somos capaces de seguir a los Anasazi en su movimiento a otras partes del suroccidente, encontrando que el nivel de guerra se redujo grandemente a medida que mejoraron las condiciones medioambientales. Es interesante notar, sin embargo, que la guerra permaneció como parte de la vida Anasazi por los siguientes 500 años. La gente siguió viviendo en aldeas grandes, tomando medidas básicas para defenderlas, y aparecen señas ocasionales de violencia en los esqueletos.

El patrón que se ve en el suroccidente tiene interesantes implicaciones tanto en términos de las causas de la guerra como de sus contextos sociales en las sociedades pre-estatales. El registro arqueológico de los Anasazi, que se extiende por miles de años, hace imposible argumentar que la guerra y el miedo al «otro» es de alguna manera natural en la especie humana. La guerra entre los Anasazi no fue una respuesta inevitable a la diversificación étnica, el estrés medioambiental o la escasez de recursos. Hay marcadas diferencias culturales entre los grupos del suroccidente mucho antes de nuestra era y hacia el año 700 surgen ramas Anasazi étnicamente discretas. Sin embargo, las primeras señas de la violencia intergrupala no aparecen antes del año 1.250, esto es, más de 500 años después. Los Anasazi coexistieron pacíficamente con diferentes grupos culturales alrededor de sus fronteras por más de mil años y dentro del área cultural Anasazi grupos étnicamente distintos vivieron juntos por siglos, generación tras generación, sin ninguna evidencia de conflicto organizado o guerra. Las señas violentas de redadas, asesinatos e incendios producidos aparecen muy tarde en la cultura Anasazi como una compleja respuesta a cambiantes patrones demográficos y a un prolongado período de severo estrés medioambiental.

Ahora me moveré del suroccidente para mirar un segundo patrón muy diferente de guerra en el Este de los Estados Unidos, un área muy distinta en términos medioambientales y de evolución de la guerra. El Este es mucho más húmedo y tiene una mayor abundancia de recursos silvestres. Al adaptarse a estas circunstancias medioambientales algunos habitantes tempranos del área, particularmente en el sur central, pasaron rápidamente de cazadores-recolectores nómadas a un estilo de vida más sedentario. Sus comunidades asentadas estaban centradas en zonas ricas en recursos y había poca razón para moverse anualmente o de acuerdo a las estaciones. Sin embargo, el área no era un paraíso ilimitado. A medida que la población creció todas las mejores zonas fueron rápidamente ocupadas y algunos grupos fueron empujados hacia zonas menos favorables que, aunque pudieron proveer recursos adecuados en años buenos, no pudieron satisfacer

las demandas de la población en años malos. Esta combinación de medioambiente y demografía preparó el terreno para la aparición temprana de la guerra pre-agrícola en el Este.

En este contexto de caza y recolección menos nómadas vemos, entonces, la aparición de guerra y violencia sistémica hacia el 5.000 a.c., es decir 6.000 años antes de que ocurriera en el suroccidente. Arqueológicamente, la guerra en este período temprano se manifiesta básicamente en la forma de pérdidas humanas (cuerpos encontrados con marcas en el cráneo, decapitación y puntas de proyectil enterradas en los huesos). Los sitios en el período comprendido entre 5.000 y 2.000 a.c. son, sobre todo, concheros con pocas señas de arquitectura residencial formal y sin indicaciones de rasgos defensivos como empalizadas. También es importante notar que no hay manifestaciones materiales que indiquen alguna diferencia étnica o cultural entre las gentes involucradas en el conflicto. Los estilos de puntas de proyectil y otros artefactos son uniformemente similares en todas las áreas de conflicto. Mientras en el suroccidente vemos la guerra surgiendo sólo después del desarrollo de diferencias étnicas y culturales, en el este vemos que la guerra surge antes de la emergencia de esas diferencias.

Entre el 2.000 a.c. y el tiempo de Cristo el Este fue testigo de una transición gradual hacia una menor dependencia en recursos recolectados y una dependencia creciente en el cultivo de una variedad de cultígenos. El patrón de comunidades sedentarias no cambió cualitativamente durante esta transición, pero sí cambió la naturaleza de las relaciones sociales y ecológicas. El desarrollo de la horticultura significó que hubo muchas zonas mejores y menos zonas malas. Como resultado, el continuo crecimiento de la población no requirió que alguna gente se desplazara a zonas marginales mientras otros monopolizaban una cantidad limitada de tierra productiva. Había adecuada tierra cultivable para suplir las necesidades de una población creciente por más de 2.000 años. Por tanto, ¿qué pasa con los signos de guerra en este período? Básicamente desaparecen. Aunque ocasionalmente se encuentran esqueletos con indicaciones de violencia,

son relativamente raros en relación con la población total. También hay ausencia de conflicto o localizaciones defensivas en los muchos sitios conocidos para este tiempo.

Así, después de un período de 3.000 años durante el cual el conflicto fue relativamente común entre cazadores-recolectores relativamente sedentarios vemos un período de más de 2.000 años de paz entre horticultores aldeanos sedentarios. Este patrón de relaciones pacíficas se rompe hacia el inicio del segundo milenio de nuestra era cuando la guerra aparece de nuevo a lo largo del Este de los Estados Unidos y lo hace con venganza. Las aldeas se fortifican, las masacres y las muertes son comunes y la iconografía y el simbolismo de la guerra prevalecen. La guerra continúa y de nuevo se intensifica en la región hasta la intrusión de ingleses, españoles y franceses en los siglos XVI y XVII. Desafortunadamente no hay muchos detalles medioambientales o cronológicos en el registro arqueológico del Este como los que existen para el suroccidente, y en este momento no puedo explorar posibles excepciones de corto término a estos patrones milenarios. Los datos del Este, sin embargo, proveen otro excelente caso para los valiosos hallazgos que se obtienen del estudio de la arqueología de la guerra.

Los arqueólogos y sus laboratorios de tiempo pueden proveer una importante perspectiva sobre la ciencia y la historia de la guerra a través del mundo. Sin embargo, para darse cuenta de la fortaleza potencial del registro arqueológico debemos salir ocasionalmente de nuestras piedras, huesos y sitios antiguos para hacer que el registro del pasado sea relevante para los asuntos del mundo contemporáneo. Mirando el distante pasado de la prehistoria podemos ser capaces de extraer una mirada un tanto más optimista de la naturaleza humana de la que podríamos derivar solamente de la lectura de las noticias del mundo moderno. Existe una sólida evidencia de Norteamérica para afirmar que los humanos no son inherentemente animales de guerra que sólo buscan oportunidades para atacar y conquistar. El pacífico registro del suroccidente muestra que la guerra no es ni la primera, ni la segunda, ni siquiera la tercera alternativa de la gente con estrés, incertidumbre y crecientes densidades de población. Es, de hecho, la

última alternativa de la gente que enfrenta la muerte de sus hijos y la amenaza de extinción inminente. El registro del Este de Norteamérica también muestra que un ciclo de guerra de miles de años puede ser roto y reemplazado por un ciclo de paz bajo las condiciones medioambientales y económicas correctas. Si buscamos respuestas para el problema siempre presente de la guerra en la era moderna debemos mirar más allá de la naturaleza humana y buscar las causas últimas de la guerra en la demografía, el medioambiente y las condiciones económicas de las diferentes sociedades que luchan por coexistir en nuestro planeta.

Bibliografía

- FERGUSON, R. Brian and WHITEHEAD, Neil L. (editors). 1994. *War in the Tribal Zone. Expanding States and Indigenous Warfare*. Santa Fe, School of American Research.
- FRIED, Morton H. 1967. *The evolution of political society: An essay in Political Anthropology*. New York, Random House.
- HAAS, Jonathan. 1982. *The evolution of the Prehistoric State*. New York, Columbia University Press.
- HAAS, Jonathan. 1989. «The evolution of the Kayenta regional system», In *The Sociopolitical Structure of Prehistoric Southwestern Societies*, edited by: Steadman Upham, Kent Lightfoot and Roberta Jewett. Boulder, Westview Press, p. 491-508.
- KEELEY, Larry. 1996. *War Before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*. New York, Oxford University Press.